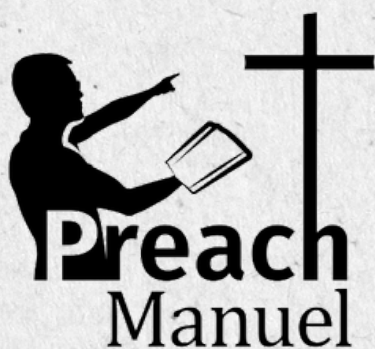




Comentario al
texto bíblico

EL DON DE PROFECÍA

EL LLAMADO DE UN
PROFETA

IV TRIMESTRE - 2026

UN PACTO DE JUSTICIA

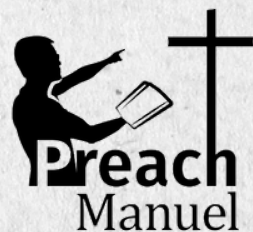
*“Así Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia. Sabed, por tanto, que los que son de fe, estos son hijos de Abraham. Y la Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abraham, diciendo: **En ti serán benditas todas las naciones**. De modo que los de la fe son bendecidos con el creyente Abraham” (Gálatas 3:6-9).*

En su epístola a los gálatas el apóstol Pablo hace una interpretación de Génesis 15:6. En ella corrobora el hecho de que, al serle contada la fe por justicia a Abraham, Dios le confirma un pacto/promesa (ambos términos intercambiables en el contexto bíblico) cuya garantía está en su simiente. Esta simiente es Cristo:

*“Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: **Y a tu simiente, la cual es Cristo**” (v.16).*

El camino de Abraham para recibir este pacto comenzó al aceptar el llamado de Dios a salir de Ur de los caldeos (Génesis 12:1), siendo ratificada la promesa luego de la derrota de la coalición de Quedarlaomer en Génesis 15. **Allí el Señor le asegura bajo juramento que tendría una descendencia que heredaría la tierra:**

“En aquel día hizo Jehová un pacto con Abram, diciendo: A tu descendencia daré esta tierra, desde el río de Egipto hasta el río grande, el río Éufrates” (Génesis 15:18).



UN PACTO DE JUSTICIA

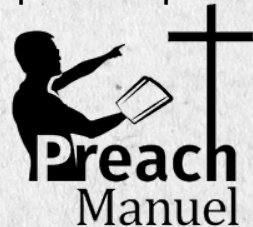
En Romanos 4, Pablo también interpreta Génesis 15:6 argumentando que, al ser contada su fe por justicia, **Abraham fue justificado por Dios**. Experiencia que también pueden vivir todos los que acepten a Cristo como Salvador:

*“¿Qué, pues, diremos que halló Abraham, nuestro padre según la carne? Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no para con Dios. Porque ¿qué dice la Escritura? **Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia**”* (Romanos 4:1-3).

Entonces, para comprender plenamente lo que significa ser justificado, es necesario saber que significa la frase *“le fue contado por justicia”*. Felizmente, la Biblia cuenta con otro pasaje que reproduce textualmente esta declaración:

*“Entonces se levantó Finees e hizo juicio, y se detuvo la plaga; **y le fue contado por justicia** de generación en generación para siempre”* (Salmo 106:30-31).

En este salmo que conmemora la rebelión de Baal-peor se menciona la acción del sacerdote Finees, quien alanceó a un israelita y a una mujer madianita (Números 25). Esta muestra de celo por el culto al verdadero Dios es seguida por la declaración **“y le fue contado por justicia”** que, en dicho contexto, implica la preeminencia en el sacerdocio *“de generación en generación para siempre”*. En pocas palabras: Dios hizo a Finees partícipe de un pacto sempiterno.



UN PACTO DE JUSTICIA

Del mismo modo, el creyente en Cristo es hecho beneficiario de un pacto: El Nuevo Pacto. Y este pacto cuenta con tres beneficios fundamentales: **Dios escribe su ley en la mente y en el corazón, promete ser nuestro Dios y nosotros su pueblo, y olvida para siempre nuestros pecados** (Jeremías 31:33-34).

De esta manera, el profeta Abraham representó en su experiencia la eficacia del gran pacto de justicia de Dios.

ELÍAS E ISAÍAS: PROFETAS DE LA RESTAURACIÓN

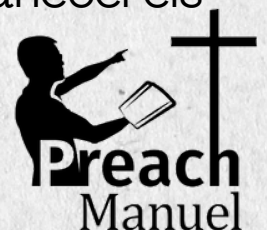
La vida del profeta Elías revela una verdad fundamental: **el pueblo de Dios no puede permanecer entre dos pensamientos.** En el monte Carmelo, Israel había mezclado la adoración a Jehová con el culto a Baal, buscando en este último una garantía para la lluvia, las cosechas y la prosperidad. Sin embargo, Dios llamó a Elías para demostrar que la creación responde a la palabra de su Creador.

“Y acercándose Elías a todo el pueblo, dijo: ¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, idos en pos de él. Y el pueblo no respondió palabra” (1 Reyes 18:21).

La lección era más profunda que la controversia entre dos sistemas religiosos. **La palabra de Dios es lo más seguro del universo.** Si Dios habla, la creación responde; y si su palabra tiene autoridad sobre la naturaleza, también tiene autoridad para dirigir nuestra conciencia. La misma voz que hace descender la lluvia puede iluminar nuestra vida, orientar nuestras decisiones y enseñarnos el camino de la obediencia.

Esta misma verdad aparece en el mensaje de Isaías. Ante la amenaza de Asiria y Babilonia, Judá podía confiar en alianzas, estrategias humanas o en la ayuda de Egipto. Pero el profeta presentó otra alternativa: creer en la palabra de Jehová.

“Si vosotros no creyereis, de cierto no permaneceréis” (Isaías 7:9).



ELÍAS E ISAÍAS: PROFETAS DE LA RESTAURACIÓN

La salvación no depende de encontrar recursos humanos suficientes, sino de **reposar en Dios y creer en su palabra**. Por eso Isaías dirige la mirada hacia Cristo, el fundamento seguro y la verdadera esperanza del pecador.

En Isaías 53 encontramos el centro del evangelio anunciado por el profeta. El pecado había separado al ser humano de Dios, pero el Siervo sufriente cargaría con nuestra culpa:

“Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Isaías 53:6).

Cristo no murió simplemente como un ejemplo de sacrificio. Su vida fue entregada **en expiación por el pecado**, para que muchos fueran justificados delante de Dios:

“Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada” (Isaías 53:10).

Así, los profetas anuncian una misma realidad: la palabra de Dios es digna de confianza y encuentra su cumplimiento supremo en Cristo. Lo que ocurrió con Cristo fue realizado en favor de muchos, para que quienes reciben su justicia dejen de vivir para sí y vivan para Aquel que murió y resucitó por ellos.



DANIEL Y JUAN EL BAUTISTA: LA FE Y LA MISIÓN DEL REMANENTE

El ministerio de Daniel ocupa un lugar fundamental en la revelación profética. Daniel 2 constituye el **fundamento de las posteriores profecías apocalípticas**, mostrando una secuencia histórica que parte de Babilonia y continúa con Medopersia, Grecia y Roma, hasta culminar con el establecimiento del reino eterno de Dios. Las visiones posteriores de Daniel amplían esta misma línea profética, que posteriormente será retomada por Juan en el Apocalipsis.

El mensaje central es que **la palabra de Dios permanece firme por encima de los poderes humanos**. Aunque Nabucodonosor pretendiera que Babilonia permaneciera para siempre, Dios había declarado que surgirían otros reinos y que finalmente todos serían reemplazados por el reino eterno.

“Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido... desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre” (Daniel 2:44).

Esta misma confianza aparece en la experiencia de los tres jóvenes hebreos. Frente a la amenaza del rey, ellos no negociaron su fidelidad. **Creían que Dios podía librarlos, pero estaban igualmente dispuestos a permanecer fieles aunque no los librara**. Esta es la fe que caracteriza al remanente: una fe que permanece firme aun frente a la persecución y la muerte.



DANIEL Y JUAN EL BAUTISTA: LA FE Y LA MISIÓN DEL REMANENTE

Apocalipsis presenta nuevamente esta confrontación. El remanente enfrenta la adoración de la bestia y su imagen, pero permanece fiel a Dios. Su obediencia no nace de la confianza en sí mismo, sino de la fe de Jesús, una fe que produce fidelidad y obediencia.

Después de Daniel encontramos a Juan el Bautista, cuya misión señala directamente hacia Cristo. Marcos presenta su ministerio como el cumplimiento de la profecía:

“Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor; enderezad sus sendas” (Marcos 1:3).

Juan dedicó **toda su vida a un solo propósito: preparar el camino para la manifestación del Mesías**. De manera semejante, el remanente de Apocalipsis 14 recibe la responsabilidad de preparar al mundo para la segunda venida de Cristo mediante la proclamación de los tres mensajes angélicos.

“Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas” (Apocalipsis 14:7).

DANIEL Y JUAN EL BAUTISTA: LA FE Y LA MISIÓN DEL REMANENTE

Estos mensajes están enmarcados en **el evangelio eterno y la justicia de Cristo**. La misión del remanente no consiste en exaltar al ser humano, sino en presentar a Cristo, llamar al mundo a la verdadera adoración y anunciar que la salvación se encuentra en él. Así como Juan preparó el camino para la primera venida, el remanente es llamado a **preparar el camino para la segunda venida de Cristo**.



LA LUZ DEL CAMINO PROFÉTICO

Después del gran chasco de 1844, Dios levantó a **Elena G. de White** como mensajera en medio de un contexto de profunda incertidumbre. En ese mismo año recibió su primera visión, en la cual contempló al pueblo adventista avanzando por un sendero estrecho hacia la ciudad celestial. La visión presentaba dos elementos fundamentales: Cristo delante del pueblo y una luz que iluminaba sus pies desde atrás.

“Alcé los ojos y vi un sendero recto y angosto trazado muy por encima del mundo. El pueblo adventista andaba por ese sendero en dirección a la ciudad que se veía en su último extremo” (Primeros escritos, p. 14).

La luz que estaba detrás representaba el **clamor de medianoche**, es decir, la dirección que había conducido al movimiento adventista hasta la experiencia de 1844 y a la comprensión del ministerio de Cristo en el santuario celestial. Sin embargo, Cristo mismo permanecía delante del pueblo como su guía. La enseñanza es significativa: avanzar hacia la ciudad celestial requiere mantener los ojos puestos en Jesús sin despreciar la luz que Dios ya ha concedido para iluminar nuestros pasos.

La visión también presenta una advertencia. Algunos comenzaron a negar la luz que había quedado detrás de ellos. Al hacerlo, sus pies quedaron en tinieblas, perdieron de vista el blanco y terminaron apartándose del sendero.



LA LUZ DEL CAMINO PROFÉTICO

Esto plantea una cuestión importante para la identidad adventista. **Mirar a Jesús no significa ignorar la comprensión profética mediante la cual hemos aprendido acerca de su ministerio celestial.** Cristo continúa siendo nuestro único líder y Salvador, pero su ministerio en el santuario forma parte de la luz que, según esta visión, ilumina el camino del pueblo de Dios.

“Delante de ellos iba Jesús guiándolos hacia la ciudad. Y si no apartaban los ojos de él, iban seguros” (Primeros escritos, p. 14).

Por esta razón, la historia profética adventista debe ser conocida y estudiada. La experiencia de nuestros pioneros y el ministerio de Elena G. de White forman parte de la manera en que este movimiento llegó a comprender **la obra de Cristo en el santuario celestial y el significado de 1844.**

El llamado, entonces, no es a sustituir a Cristo por la historia ni a colocar otra autoridad por encima de la Escritura, sino a avanzar con los ojos puestos en Jesús, conservando la luz que ha iluminado nuestros pasos. Cristo va delante; la luz recibida ilumina el sendero. Ambas realidades aparecen unidas en esta primera visión y constituyen una invitación a permanecer firmes en el camino hasta la ciudad celestial.

¡Que esta breve guía sea usada por Dios para edificarte!

